

La segunda parte (pp. 47-125) es un estudio, cuyo primer avance se presentó en el IV Coloquio Internacional sobre el Romancero celebrado en el Puerto de Santa María en 1987, de las particularidades de cada texto de acuerdo con la clasificación propuesta por ciclos en el cual se establecen los nexos con otras tradiciones: sefardí de Marruecos y Oriente, portuguesa de Azores y Madeira, y de Tras os Montes y del Noroeste peninsular con las cuales tiene coincidencias. También se establecen las posibles fuentes, cuando las hay, en el Romancero viejo. El trabajo sitúa adecuadamente el romancero gitano-andaluz en su contexto social y poético y destaca sus peculiaridades como una tradición neo-juglaresca. En resumen, *El Romancero gitano-andaluz de Juan José Niño* es una útil edición y estudio de uno de los sectores menos conocidos de la tradición romancística hispánica.

AURELIO GONZÁLEZ
El Colegio de México

ILEANA RODRÍGUEZ, *House/garden/nation. Space, gender, and ethnicity in Postcolonial Latin American literatures by women*. Duke University Press, Durham-London, 1994; 223 pp.

Leyendo y disfrutando el libro de Ileana Rodríguez, recordé la ponencia leída en La Habana, en 1988, por Jean Franco. En ella, la autora de *Plotting women...*, concluía:

La crítica latinoamericana ha hablado mucho de la diferencia de clase y de etnia pero hasta ahora no ha querido incluir el género sexual como productor de diferencias, aunque es uno de los principios básicos de clasificación social. Introducir el género sexual como clase de análisis no significa la eliminación de diferencias de clase o de etnia, pero sí significa admitir una categoría sin la cual es imposible entender todos los factores que entran en el ejercicio del poder hegemónico¹.

Dos años antes, Franco había alertado sobre los peligros para la crítica feminista de permanecer atada a la (encomiable) labor de arqueología literaria, el estudio de textos escritos por mujeres o los estereotipos femeninos. Franco presentaba la teoría feminista como una teoría “que analiza la relación entre lo femenino y las instancias del poder” y proponía la misma pregunta que Derrida al decir: ¿Qué sucederá si tratamos un área de la relación con el Otro en la cual el

¹ JEAN FRANCO, “Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo”, *Casa*, 1988, núm. 171, p. 94.

código de señales sexuales no fuera ya determinante?² Homi K. Bhabha, teórico de los estudios culturales, afirma la productividad del feminismo pues “especifica la naturaleza patriarcal —marcada por el género—, de la sociedad civil y perturba la simetría de lo privado y lo público”³.

Ileana Rodríguez sigue aquel camino señalado por Franco y se sirve de las capacidades productivas del feminismo también/tan bien descritas por Bhabha. Autores que son referencias explícitas y nada arbitrarias a lo largo de su texto, junto a las de Doris Sommer, Edward Said, Gayatri Spivak y Frederic Jameson. Interlocutores imprescindibles para el estimulante diálogo desarrollado por la autora nicaragüense y vinculados, como ella, a la crítica y los estudios culturales.

Desde el título de su libro se anuncia el propósito fundamental: establecer los nexos, en textos escritos por mujeres, entre el género, la etnicidad y los espacios-metáforas de la nación, instancias y sitios de poder. Esta lectura se complementa y relaciona con la de otros, escritos por hombres. La concepción de la categoría de género no se circunscribe entonces a lo femenino, pues abarca toda la construcción binaria. Desde esta perspectiva, se articula un *corpus* con novelas de variado(a)s autore(a)s y se descubren las maneras en que el género sexual se proyecta a partir de posiciones autoriales y discursos ficcionales. Por ello, aunque objetos fundamentales de estudio son Teresa de la Parra (*Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, 1926); Dulce María Loynaz (*Jardín*, 1935), Jean Rhys (*Wide Sargasso sea*, 1966); Simone Schwarz-Bart (*Pluie et vent sur Telumée miracle*, 1972; *Ti Jean l'Horizon*, 1979) y Gioconda Belli (*La mujer habitada*, 1988; *Sofía de los presagios*, 1990), constituyen puntos de referencia, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Omar Cabezas y Tomás Borge. Autores que ilustran las tradiciones de la novela de la tierra y la literatura testimonial y “cumplen funciones similares en la construcción del estado” (p. 16).

Entre las novelas fundacionales (Gallegos y Rivera) y la literatura de la guerrilla (Cabezas y Borge), Ileana Rodríguez ha incluido textos que expresan la transición en sus variadas formas y momentos: de la colonia a la república, de la esclavitud a la emancipación, del modernismo al neopositivismo, del neopositivismo al marxismo, de la barbarie a la civilización, de la plantocracia a la modernización. Narrativas vinculadas a la emergencia de la nación a través de ciertas constantes: tierra y agricultura, linaje y familia, y determinadas por los ejes modernismo/modernidad/modernización. Ejes del siglo xx ahora revisitados por la irrupción de la posmodernidad.

²J. FRANCO, “Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana”, *Hispania*, 45 (1986), p. 33.

³ *The location of culture*, Routledge, London, 1994, p. 11.

Esta perspectiva se enriquece por la inclusión de novelas del Caribe insular y continental. En los últimos tiempos se han multiplicado las lecturas comparativas e integradoras de la producción literaria caribeña; entre los ochenta y los noventa han aparecido antologías de poesía y narrativa, así como compilaciones de ensayos sobre ellas⁴. El esfuerzo por superar las barreras lingüísticas (español/francés/holandés/*creoles*) y la balkanización del proyecto imperial, ha contribuido al establecimiento del perfil de una literatura caribeña no sólo antillana o *West Indies*.

El texto de Ileana Rodríguez se organiza en esa dirección y se vale del término “centro-caribeño” para enlazar ambos espacios. Por eso sorprende que en el título se sirva de la clasificación “latinoamericano(a)” cuando en puridad, al incluir una novela en inglés (*Wide Sargasso sea*), la denominación podría resultar inexacta. Pienso que, en este caso, lo “latinoamericano” va más allá de lo puramente lingüístico y designa una comunidad cultural. Aun así, lo “caribeño” hubiera subrayado la existencia de una literatura diferente a la latinoamericana. Pero no podría pasarse por alto que el hecho de referirse en el título a “literaturas latinoamericanas” (*Latinoamerican literatures*) parecería reconocer más una heterogeneidad que la homogeneidad.

Siento otra reticencia terminológica a lo “poscolonial”. Esta palabra, llegada de la India, ha encontrado, a partir de los años ochenta, gran resonancia en el mundo académico anglosajón. Esta resonancia, ¿se debe a la furia de los “pos” en el siglo xx, similar a la de los “ismos” en el xix? ¿Es más práctico y actual que “Tercer Mundo”, menos comprometido y con mayor mercado cultural que “colonial” o “neocolonial”⁵? Su significado es variable: puede designar a los países del Tercer Mundo que alcanzaron la independencia después de la Segunda Guerra Mundial, la diáspora endémica del Tercer Mundo, en las últimas cuatro décadas o sociedades que, como la estadounidense, se han visto afectadas en algún momento de su desarrollo por las tensiones con un imperio colonial⁶. Siento cierta inquietud frente a un término que permite borrar diferencias abismales.

El texto de Ileana Rodríguez habla por sí mismo, su *corpus* pertenece, íntegramente, al Tercer Mundo. Pero, si se asume que surge en sociedades posteriores a la independencia, ¿cómo explicar entonces

⁴ Entre otras: *Her true-true name*, eds. P. Mordecai, & Betty Wilson, Heinemann, Oxford, 1989; *Green cane and juicy flotsam. Short stories by Caribbean women*, ed. C. Esteves, & L. Paravisini, Rutgers University Press, New Brunswick, 1991; *Out of the Kumbbla*, ed. C. Boyce Davies, & E. Savory Fido, Africa World Press, Trenton, 1990. Véase NARA ARAÚJO, “La escritura femenina y la crítica feminista en el Caribe: otro espacio de la identidad”, *Unión*, 1993, núm. 15, 17-23.

⁵ Véase ANNE McCLINTOCK, “The angel of progress: Pitfalls of the term Post-Colonialism”, *Social Text*, 31/32 (1992), 84-98.

⁶ Cf. ELLA SHOHAT, “Notes on the Post-Colonial”, *Social Text*, 31/32 (1992), p. 102.

la inclusión de *Pluie et vent sur Telumée miracle*, que tiene en Guadalupe motor de anécdota y acción? Guadalupe, eufemístico Departamento de Ultra Mar, colonia francesa cuya condición, Ileana Rodríguez lo demuestra, participa de la urdimbre de esta novela. No olvido la negativa de Maryse Condé, en un encuentro sobre “Raza y Género en la Literatura del Caribe” (Cornell University, 1994), a aceptar la condición poscolonial para Guadalupe. Hace apenas un mes, en el homenaje que se le ofreciera en su isla natal, Maryse mantenía su criterio: “¿Cómo colocarnos después de la colonia, si aún, lamentablemente, no hemos logrado salir de ella?”

Reticencias terminológicas aparte, me parece brillante la argumentación desplegada por Ileana Rodríguez. A ella contribuyen sus certeros puntos de partida: la concepción de la etnicidad y el género como construcciones culturales más allá de la fisiología y la biología, y la idea de que la transición, en tanto requiere movilidad social, urbanización y aumento de las expectativas de vida, implica al género. La tematización del espacio, su función simbólica en el imaginario de escritores y escritoras, devuelve al análisis temático la legitimidad perdida por una crítica mal ejercida. El llano, la selva y la montaña, la casa y el jardín, adquieren valor connotativo, a la luz de las diferencias de género, en su interrelación con lo étnico y la idea/nación. Someter estas novelas a tal punto de vista desacraliza los textos canónicos masculinos y los hace entrar en otro eje o *continuum*, junto a las novelas escritas por mujeres. Así se escribe (y reescribe) la historia literaria de la región.

Esta (re)escritura es tanto más productiva cuanto que permanece ajena a dogmatismos. No se trata de una exaltación a ultranza de la escritura de las mujeres, a veces calificada como esencialmente transgresora. Vistas en este libro, también, desde la perspectiva de la clase social, estas narrativas pueden compartir el conservadurismo de grupos liberales, en relación con los problemas étnicos. No hay magnificación, hay evidencias. Éstas son resultado de un análisis que combina la raza, el género y la clase social. Análisis que permite afirmar que Teresa de la Parra, exceptuando su posición sobre la mujer, es, en sus concepciones políticas, antidemocrática y, posiblemente, autoritaria (p. 73); que las protagonistas blancas de Loynaz y De la Parra alteran el paradigma nacional/mestizo de las narrativas maestras contemporáneas y adelantan las nuevas alianzas y, para concluir, que la escritura de estas mujeres perturba cierto contrato social y sus discursos (p. 96).

Sólo algunos interrogantes me asaltan en relación con *Jardín y El vasto mar de los sargazos*, mis preferidas entre las que se examinan. La tesis sobre la novela cubana es que Bárbara, su protagonista, es dos mujeres. La primera, que vive en y por el jardín, es mujer de resacas modernistas. Es distinta a aquella (misma) Bárbara, la segunda mu-

jer, que vive en “el mundo”, y está constituida por el discurso neopositivista: progreso, desarrollo y dinero. Es exacto que en la historia que ocurre en “la civilización” (¿Europa?), Bárbara explicita su admiración por el dinero. Pero no deja de ser nunca la primera Bárbara, aunque haya aceptado ciertas convenciones sociales.

El texto de Loynaz insiste en su “extranjería”, anunciada en su nombre y enfatizada por el apelativo de “la Extranjera”, que le dan los del “mundo”. La luz eléctrica del progreso no puede mostrar a Bárbara un mundo mejor “que el que ya ella había poseído en soledad, sólo con las fuerza de su deseo” (*Jardín*, p. 289)⁷. Ese mundo mejor es el del jardín, el de la naturaleza. En cualquier país, en cualquier ciudad, Bárbara se siente separada, incluso del hombre amado/innombrado que la saca del jardín, por una “finura inconsútil” y una “seda impalpable”. De ahí ese primer impulso de regreso al jardín perdido, “Apagar aquella luz, apagarla, regresar al claustro materno de la sombra sin nacer todavía, sin saber de las luces de los hombres” (p. 288).

El balance de la experiencia en “el mundo” no parece indicar que la primera mujer-modernista haya cedido el lugar a la segunda mujer-neopositivista: “Este hacerse de luces mundanas ¿qué había sido en su vida? ¿Potestad o servidumbre?” (p. 332). Pregunta sin respuesta textual que no sea esta negación de luz citadina, esta vocación de sombra de la protagonista.

Siguiendo el curso del razonamiento de Ileana Rodríguez, la mujer que regresa ¿es la del neopositivismo? Si aceptamos que es ésta —poniendo a un lado los indicios apuntados en el texto de Loynaz— ¿por que *esa* mujer es *tragada* por el jardín, ya convertido en selva? Jardín que, en este razonamiento, es metáfora del caos de la nación, apenas saliendo de la Independencia y entrando en la modernización. Para mí, también, pregunta sin respuesta.

En el capítulo sobre *El vasto mar de los sargazos* se discute con la crítica anglosajona sobre el paradigmático texto de Rhys y se propone una lectura que refuta al eurocentrismo, desde las posiciones culturales caribeñas. Lectura original y sugerente de esta novela tardía, que diera notoriedad a la olvidada y algo trágica Jean Rhys, e inspirara el título de un texto pionero en la crítica literaria feminista, *The madwoman in the attic*⁸.

En el capítulo sobre *Jardín* el final no se inserta, plenamente, en la tesis desarrollada sobre la novela. Me refiero a la desaparición de

⁷ Utilizo la ed. de Aguilar, Madrid, 1951.

⁸ En *The Madwoman in the Attic* (New Haven, 1979), SANDRA M. GILBERT, y SUSAN GUBAR realizan un estudio de la novela inglesa escrita por mujeres. Ellas toman la imagen de la criolla encerrada, en la novela *Jane Eyre* de Charlotte Brönte, como emblema-metáfora de la identidad de las escritoras en tensión con la autoridad de la escritura patriarcal. Jean Rhys, en *White Sargasso sea*, reescribe la historia de ese personaje.

Bárbara, tragada por el jardín/selva, luego de haber encontrado a su regreso a un joven pescador; así como su permanencia, como imagen, detrás de los barrotes de hierro del otrora jardín, que la “civilización invasora” —se dice en el epílogo de la novela— ha invadido. Esa permanencia inmanente es cabo suelto en esta lectura de la única novela de Dulce María Loynaz. Con *El vasto mar de los sargazos* siento que el final tampoco es suficientemente desentrañado. Como si esos desenlaces quedaran fuera de foco.

Luego de una temporada encerrada en el castillo de su esposo inglés, Antoinette, la protagonista, disociada su personalidad por su conflicto cultural/amoroso, tiene un sueño. En él se ve a sí misma frente al vacío y siente el impulso de alcanzar el rostro de Tia, aquella niña negra de su infancia en la isla natal:

Pero cuando me acerqué al borde vi la poseta del río en Coulibri. Tia estaba allí. Me hizo señas para que me tirara y cuando dudé se rió. La oí decir, ¿tienes miedo? Y oí la voz del hombre: ¡Bertha, Bertha! Todo esto lo oí y lo vi en una fracción de segundo. Y el cielo tan rojo. Alguien gritó y pensé: ¿Por qué grité? Llamé: ¡Tia! Salté y desperté (*El vasto mar de los sargazos*, p. 158)⁹.

Este impulso de fusión con la Otra, en un pasaje-preludio de su venganza —dar fuego al castillo inglés—, creo que está preñado de significados. ¿Se acepta finalmente la protagonista blanca, obsesionada por una búsqueda del ser, como cercana a la negra? ¿Encuentra en aquella imagen infantil los arcanos de su identidad perdida? ¿El texto sugiere que un impulso inconsciente, un deseo de infancia, alimenta el acto vengativo? Este final, ¿implica la fusión con la Otra y por tanto la aparición simbólica de una identidad nueva, mestiza? De esta fusión, ¿surge el *élan* para la destrucción emblemática del hombre/blanco/europeo?

Comprendo el valor atribuido por Ileana Rodríguez al personaje de Cristophine. Esta sirvienta negra es depositaria de aquella cultura de la cual Antoinette no se puede despegar, aun sin sentirla toda suya, y que su esposo inglés no puede descifrar ni aceptar. Cristophine es la antagonista del inglés. Pero es sintomática, precisamente en la perspectiva de las intersecciones, la aparición de Tia en el acontecimiento anterior al final.

House/garden/nation... está edificado con y por intersecciones. Describir el encuentro, entre aquellas instancias de la transición, se realiza mediante un método de entrecruzamientos. Dividido en “Introducción”, primera parte: “Género sexual/género/nación/etnicidad, lo masculino” y segunda parte: “Nación/etnicidad/género sexual/género, lo femenino”, su razonamiento se articula a través de

⁹ Sigo la ed. y trad. de Casa de las Américas, La Habana, 1981.

contactos permanentes. No sólo entre los epistemes, sino entre los discursos sometidos a examen. Los capítulos no son compartimentos estancos y el libro resulta, conceptual y formalmente, intersección de intersecciones. Lo que se traduce en movimiento, cambio y tránsito, acordes con la materia y el espíritu del texto. El razonamiento puede fluir en zig-zag, en dirección oblicua, vertical u horizontal. En estos desplazamientos reside, en parte, la incitación sostenida a la lectura. También en su capacidad de avanzar demostrando. Por eso, quizás, la ausencia de un capítulo de conclusiones. Estas se han ido anticipando y no necesitan el *L.Q.Q.D.* de teoremas geométricos, aunque la palabra clave del libro, intersecciones, provenga del mismo campo semántico.

House/garden/nation... es ejemplo de una crítica literaria feminista que ha rebasado la etapa de “la imagen de la mujer”, articula el ejercicio práctico con el teórico, y demuestra su capacidad de leer, desacralizando, los discursos dominantes, al revelar la acción de nuevos discursos. Lo masculino y lo femenino dejan de representar solamente las partes en contienda de la vieja batalla entre los sexos, para determinar y encarnar relaciones de poder. Publicado en inglés, posiblemente por exigencias editoriales, es un texto caribeño y latinoamericano. Amén de su autoría, no sufre de las tensiones de una crítica feminista anglosajona, a veces atrapada entre contiendas termino/metodológicas (del tipo *woman/gender*), ni del biologismo esencialista de la teoría francesa. El profundo conocimiento de la historia regional, la refutación del euro/etnocentrismo y del colonialismo, la puesta en práctica de categorías fundamentales en ella —etnia, género, nación—, en etapas umbrales, indican el espacio cultural y afectivo desde el cual se ha construido este excelente texto.

NARA ARAÚJO

FERNANDO CUIEL (ed.), *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*. El Colegio de México-El Colegio Nacional, México, 1994; 299 pp.

En años recientes la vasta correspondencia del humanista Alfonso Reyes (1889-1959) con sus amigos mexicanos ha visto la luz en un número creciente de ediciones. Al lado de Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Martín Luis Guzmán, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Xavier Icaza, Rafael Cabrera, Genaro Estrada y José Vasconcelos (en una nueva edición), ahora figura Jaime Torres Bodet (1902-1974). Del autor de *Bombo* sólo se conocían algunas cartas sueltas dirigidas a sus compañeros de generación así como a Miguel N. Lira, Ermilo